

# Entre la arqueología del saber y el holismo semántico: Quine y Foucault.

Sebastián Alejandro González M.  
Escuela de Ciencias Humanas.  
Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

## Resumen:

El objetivo general del ensayo consiste en plantear la discusión entre algunos aspectos de la tradición positivista de análisis del lenguaje y la arqueología del saber. Esta discusión se puede plantear de tres maneras en torno a la noción de significado: i) como un diálogo crítico entre el principio de correspondencia propio de la teoría de la verificación y la noción de significado que recorre la gramática de finales del siglo XVII y principios de siglo XVIII; ii) como una respuesta alternativa al problema del sentido expuesto por Frege y al 'holismo psicosocial' de Putnam; finalmente, iii) como una respuesta al holismo semántico y a la crítica al principio de verificación iniciada por Quine. Esta tarea se divide en tres partes: i) analizamos el criterio de verdad del empirismo clásico y su relación con la episteme de la representación. ii) Luego, analizamos la hipótesis sociolingüística a la luz de los postulados de la arqueología de Foucault. iii) Por último, establecemos un diálogo crítico entre el holismo semántico y la arqueología del saber.

**Palabras clave:** Quine, Foucault, arqueología del saber, holismo semántico, significado.

**Abstract:** *Between the knowledge archaeology and the semantic holism: Quine and Foucault*

The general objective of this essay is to establish the discussion between some aspects of the positivist tradition of Language's analysis and the knowledge archaeology. This discussion can be stated in three ways, around the notion of meaning: i) As a critical dialogue between the principle of correspondence, proper of verification theory, and the notion of meaning, that runs over the grammar of the elder 17th century and the beginning of 18th; ii) as an alternative answer to the trouble of sense exposed by Frege and the «psyco-social holism» of Putnam; finally, iii) as a response to semantic holism and to the criticism to the principle of verification began by Quine. This task is divided into three parts: i) We analyse the criterium of truth of the classical empirism and its relationship with the episteme of representation. ii) Then, we analyse the psycholinguistic hypotesis on light of the theories of Foucault's archaeology. iii) Last, we establish a critical dialogue between semantic holism and the archaeology of knowledge.

**Key words:** Quine, Foucault. knowledge archaeology, semantic holism, meaning.

El objetivo general del ensayo consiste en plantear la discusión entre algunos aspectos de la tradición positivista de análisis del lenguaje y la

arqueología del saber. Esta discusión se puede plantear de tres maneras en torno a la noción de significado: i) como un diálogo crítico entre el principio de correspondencia propio de la

teoría de la verificación y la noción de significado que recorre la gramática de finales del siglo XVII y principios de siglo XVIII; ii) como una respuesta alternativa al problema del sentido expuesto por Frege y al 'holismo psicosocial' de Putnam; finalmente, iii) como una respuesta al holismo semántico y a la crítica al principio de verificación iniciada por Quine.

Hay que tener claro desde el principio que algunos aspectos de la discusión entre la tradición positivista de análisis del lenguaje y la arqueología del saber se establece en terrenos diferentes, en la medida en que el positivismo constituye un análisis epistemológico de la relación entre las palabras y las cosas, mientras que la arqueología del saber describe las condiciones de emergencia del discurso en las que la relación se plantea entre los signos y los objetos. Es importante señalar que las críticas más importantes –iniciadas por Quine, Hempel, Putnam, Carnap<sup>1</sup>– a la tradición del positivismo establecen conexiones implícitas con desarrollos del análisis del discurso propios de la arqueología del saber. De tal manera, nos interesa mostrar cómo la hipótesis sociolingüística y el holismo semántico constituyen salidas a los problemas que plantea el principio de verificación. Pero, más aún, cómo la arqueología plantea algunas hipótesis críticas alrededor de tales posturas.

Para ello, seguimos la crítica de Quine a la teoría de la verificación para introducir la

1 Para justificar la aparición de Carnap en el grupo de las críticas al positivismo podemos decir lo siguiente: el segundo dogma del empirismo ha pasado por las investigaciones de Carnap en las que trata de especificar los datos sensoriales en un lenguaje que pueda traducir enunciado por enunciado la experiencia. Sin embargo, afirma Quine, "el reduccionismo en su forma radical ha dejado de figurar en la filosofía de Carnap hace ya mucho tiempo". Ver: Quine. *Dos dogmas del empirismo*, p. 238.

noción holista de significado. Esto es, reconstruimos el postulado de Quine según el cual la imagen del lenguaje como una estructura de proposiciones que descansa sobre registros observacionales es falsa, o por lo menos insuficiente, pues los enunciados constituyen un conjunto de elementos que se relacionan de manera compleja en un entramado que parece más una superficie plana de hipótesis y supuestos que una construcción vertical de proposiciones verificables una por una. En otras palabras, analizamos el criterio de comprobación empírico y la imposibilidad de deducir la noción de 'significado' de la relación entre las proposiciones y la experiencia a partir de la crítica de Quine a la teoría de la verificación. A partir de allí, tratamos de mostrar que la propuesta holista de Quine sugiere un holismo foucaultiano, pero en un campo discursivo claramente delimitado. Es decir, planteamos la discusión crítica entre el holismo de Quine y el holismo de Foucault con el fin de mostrar que la arqueología del saber renuncia al análisis de la noción de 'significado' y se ocupa del recorrido de los enunciados en el discurso y su relación con la episteme de una época.

## 1. Del criterio empirista y el significado.

Las posturas de la tradición positivista de análisis del lenguaje y la arqueología del saber constituyen dos maneras de abordar la noción de significado. Por una parte, el positivismo se ocupa de las condiciones de verdad en las cuales se define una proposición significativa. Esto es, se ocupa de las condiciones en las que los signos se corresponden con los objetos. Por otra parte, la arqueología del saber muestra que el 'significado' es un efecto de verdad que supone un orden histórico del discurso. En *Las palabras y las cosas*, Foucault muestra que

el significado se constituye por una operación del discurso que implica el ordenamiento específico de los enunciados. Más aún, la arqueología pone en juego el análisis de cómo unos conceptos, unas estrategias metodológicas, unas formas de abordar los fenómenos hacen posible el significado como un efecto de verdad. Así, la arqueología muestra que el significado no está implícito en la relación de los signos y las cosas, sino que se impone de cierta manera por el discurso de una época. Por ejemplo, Foucault se pregunta: ¿cuál es el significado de ‘enfermedad’? En el *Nacimiento de la clínica*, él afirma que la medicina es una ciencia ocular que permite aclarar la enfermedad a través de la lectura de los síntomas/signos, el cálculo de sus frecuencias y la lógica de sus agrupamientos. En efecto, la medicina trata de fijar la enfermedad en un campo de visibilidad como estructura en la que confluye la mirada y la ‘cosa’ vista. En el concepto de enfermedad, la medicina reúne en un mismo espacio visible la naturaleza del objeto y su origen, como secreto penetrado por la percepción. Sin embargo, no hay que entender la relación entre la mirada y el objeto como un vínculo entre teoría y experiencia. Por el contrario, la mirada es un campo perceptivo que subsume la enfermedad en estructuras que determinan su naturaleza y la hace entrar en ciertos esquemas de codificación<sup>2</sup>.

Nuestro objetivo en esta sección es mostrar la posibilidad de una crítica de Foucault al

análisis positivista en los siguientes términos: a través de la descripción arqueológica se puede sostener que el principio de verificación mantiene la noción de significado anclada en los principios del empirismo clásico, según los cuales la relación entre los signos y las cosas se define por la conformidad de la representación y las características sensibles de los objetos. La tesis que sostenemos es que el principio de verificación proviene de una herencia muy fuerte de la noción de significado como la relación de representación entre las palabras y las cosas propia de la edad clásica. No estamos diciendo que la teoría de la verificación retome todos los aspectos epistemológicos del empirismo clásico (hay que tener en cuenta los desarrollos de la filosofía analítica y postanalítica en la construcción del criterio de significado empírico), sino que el criterio correspondentista de significado de la teoría de la verificación tiene lugar, por primera vez, en el empirismo de la edad clásica. Esto quiere decir, en el fondo, que el postulado según el cual, el significado es la correcta representación de los objetos, se constituye como una función de los signos –por primera vez– en el empirismo clásico. Pues bien, veamos el argumento del principio de verificación y sus fundamentos en el empirismo; y segundo, la crítica de la arqueología.

El principio de verificación se plantea la siguiente pregunta: ¿Cómo podría definirse el significado de una proposición? ¿Qué criterio establece que una proposición tiene significado empírico? En principio, el

2 La nosografía del siglo XVIII, dirá Foucault, encaja en una aplicación esquemática del examen de la siguiente manera: i) la relación signo-síntoma constituye un régimen de visibilidad que garantiza la objetividad de la enfermedad; ii) el diagnóstico de la enfermedad como conjunto de fenómenos fisiológicos reunidos bajo un mismo principio de regularidad y aparición (relación signo-síntoma) es posible sobre una forma de saber

correlativa que se define como de aplicación de métodos de acumulación y comparación de información y, iii) la enfermedad vista como la relación signo-síntoma hace posible un cuadro descriptivo general del caso o cuadro de notación y registro de las particularidades de los fenómenos fisiológicos en la categoría del caso. Foucault. *El nacimiento de la clínica*, p. 130.

empirismo trató de mostrar las condiciones bajo las cuales una proposición expresa una verdad. La pregunta insistente del empirismo clásico es ¿cómo el significado de una proposición está determinado por la descripción de las características propias de un objeto? En términos generales, la teoría de la verificación define la noción de significado teniendo en cuenta la relación entre las características empíricas de las cosas y el predicado de una proposición. Allí, el significado se define en la correspondencia entre el contenido empírico de las proposiciones y las características efectivas de los objetos del mundo.

La teoría de la verificación remite a una larga tradición del empirismo que sostiene que el significado de las proposiciones se resuelve en la correspondencia directa entre las palabras y las cosas. Para el empirismo, la noción de significado resulta fundamental en dos sentidos: primero, en relación con las creencias y las múltiples proposiciones que sirven para expresarlas; y segundo, en relación entre tales expresiones y las características que describen de los objetos. En ese sentido, la noción de significado es el ajuste entre el predicado de una proposición que describe características propias de un objeto y la existencia efectiva de tales características en un objeto real. Cuando el empirismo se propone mostrar las *condiciones de verdad* de las proposiciones, se refiere a la forma en que es posible determinar la correspondencia entre proposiciones observacionales y propiedades empíricas de los objetos<sup>3</sup>.

3 El problema del empirismo consiste en definir la correspondencia entre proposiciones y propiedades empíricas como la habilidad de enunciar a un individuo particular, encontrado perceptiblemente, como algo que posee una característica general. El análisis

En la misma dirección, la teoría de la verificación se apoya en dos tesis del empirismo clásico: i) El empirismo afirma que las proposiciones están apoyadas en un registro perceptivo de la experiencia de un sujeto cualquiera. Pero tal registro no se refiere a los estados subjetivos de un individuo sino al horizonte del mundo actualmente perceptible del mismo. Así, la tesis empirista sostiene que todo conocimiento se apoya en representaciones de los objetos. Incluso, si se encuentra una proposición que no encuentra apoyo en propiedades sensibles o en algún tipo de creencia no-empírica, se dice que tiene que haber una razón última que la explique basada en un conjunto heterogéneo de representaciones dadas en la imaginación. ii) La segunda tesis, más amplia, extiende el conjunto de representaciones a registros del pasado o de la memoria. De tal forma, cuando aparece una creencia o una proposición no-empírica, la tesis empirista afirma que debe haber un conjunto de representaciones que la apoyen, el cual incluye, a su vez, experiencias de pasado.

¿Que es lo que está en juego en el principio de verificación? La relación de conformidad entre los signos y las cosas. En el empirismo clásico, el significado encuentra su fundamento en los signos que *representan* realidades en la medida en que constituyen una identidad con las cosas. En el siglo XVIII, la función de los signos puede resumirse en el análisis que plantea el empirismo clásico según el cual la correspondencia entre los signos y las cosas

empírico del lenguaje remite a la forma en que el sujeto que enuncia es capaz, a través de entidades abstractas (conceptos), de describir el mundo. En efecto, para el empirismo clásico una proposición es verdadera si posee una determinada condición semántica que se satisface en el mundo.

compromete la verdad de las representaciones. En ese sentido, dirá Foucault, el significado remite a las condiciones de verdad de las representaciones del mundo en las que el “signo, dado que siempre es cierto o probable, debe encontrar su lugar en el interior del conocimiento”<sup>4</sup>.

La relación de correspondencia que plantea el principio de verificación obedece a una configuración específica de las episteme en los siglos XVII y XVIII. En suma, de acuerdo con Foucault, la fuerza de la representación radica en la ruptura entre el homosemantismo de la episteme de la semejanza y la episteme de la representación<sup>5</sup>.

El clasicismo de Port-Royal define el régimen de signos de la representación de acuerdo a tres variables<sup>6</sup>: i) El origen del enlace: el signo natural o el signo como convención; ii) el tipo de enlace: el signo se ajusta a las cosas en una relación de designación; y iii) la certidumbre del enlace: el signo tiene una frecuencia de aparición tal que asegura su fidelidad o certeza. Estas tres variables, afirma Foucault, “sustituyen a la semejanza para definir la eficacia del signo en el dominio de los conocimientos empíricos”<sup>7</sup>.

La primera variable consiste en el problema que planteó el empirismo clásico: ¿cómo establecer criterios de verificación de la relación entre las representaciones y los objetos expresada en los signos? En términos generales, Berkeley, Locke y Hume sostienen que la posibilidad de la certeza de nuestras sensaciones es posible por una relación de sustitución entre la experiencia y el lenguaje.

Así, el significado de los signos remite a la experiencia inmediata como un acto de conocimiento de los objetos. El signo, dado que establece una relación de ajuste o correspondencia en la representación de las características de un objeto en un sujeto que percibe, encuentra su lugar en el interior del conocimiento. El papel del signo en el empirismo clásico consiste en expresar el conocimiento que hay en el juicio natural, en los sentimientos, en las percepciones sensibles. En el signo hay un “conocimiento breve y recogido sobre sí mismo: el repliegue de una larga serie de juicios”<sup>8</sup>. La relación del signo y el significado es una sucesión de una impresión a otra que indica la ‘cosa’ representada. Es decir, el signo expresa cómo la representación repliega todas las impresiones de los objetos.

La segunda variable del signo consiste en cómo el signo señala los objetos en una relación de sustitución, a la vez que constituye un elemento ajeno al mundo de las cosas. Esto es, la designación del signo es posible en la medida en que está insertado en los objetos que ‘señala’ y, además, es distinto de ellos. En efecto, en el signo se da al mismo tiempo el conocimiento de los objetos en las impresiones y el significado en las representaciones. Por ejemplo: “un sonido no se convertiría jamás para un niño en el signo verbal de la cosa si no lo hubiera oído cuando menos una vez en el momento en que percibe dicha cosa”<sup>9</sup>. En otras palabras, para que un signo exprese un conocimiento debe remitir a los elementos perceptibles de la representación y, a su vez, distinguirse del flujo general de las impresiones que la componen. En consecuencia, la

4 Foucault. *Las palabras y las cosas*, p. 65.

5 Ver: Foucault. *La prosa del mundo*. En: *Las palabras y las cosas*, p. 63 - 82.

6 Foucault. *Las palabras y las cosas*, p. 65.

7 Foucault. *Las palabras y las cosas*, p. 65.

8 Foucault. *Las palabras y las cosas*, p. 65.

9 El ejemplo es citado por Foucault de: Condillac. *Essais sur l'origine des connaissances humaines*. París, 1789. Ver Foucault. *Las palabras y las cosas*, p. 67.

constitución del signo es inseparable del análisis de la representación. Él es el resultado del análisis de la sucesión de las impresiones, pues constituye el enlace entre la representación y los objetos. Más aún, hace posible el conocimiento en la medida en que relaciona representaciones y objetos<sup>10</sup>.

Finalmente, la tercera variable se define como la génesis del origen del signo. Para el siglo XVII y XVIII, el signo podía ser natural o convencional: si es natural, “no es más que un elemento descontado de las cosas y constituido en tanto signo por el conocimiento”<sup>11</sup>. Si es convencional, el signo constituye un elemento aplicable a un conjunto de cosas definidas de antemano de acuerdo a la función que compone en un sistema de reglas de análisis de las cosas. Es decir, él es una función que encaja en un sistema de reglas de análisis de los elementos y las conjunciones de los objetos. El sistema de signos es un lenguaje simple capaz de nombrar los elementos y sus agrupamientos. El signo como función remite a un lenguaje capaz de nombrar lo elemental, pero también las combinaciones y la complejidad de las cosas. Así, la función del signo está en el análisis de la multiplicidad de combinaciones que la naturaleza tiene de los elementos de las cosas.

El signo encierra a la cosa representada y las impresiones contenidas en la representación misma y su función consiste en expresar la primera en relación con la segunda. Esto es, en el signo se expresa la cosa como objeto

sensible y la representación de la cosa dada en un sujeto que percibe. De esa manera, se definen los instrumentos que prescriben al pensamiento clásico el sistema de los signos: el conocimiento de la probabilidad o la certeza, el análisis de las representaciones y la función del sistema. En esa dirección Foucault afirma: “Es este sistema el que da lugar a la vez a la búsqueda del origen y a la calculabilidad; a la construcción de cuadros que fijan las composiciones posibles y a la restitución de una génesis a partir de los elementos más simples. Es él el que reconcilia todo saber de un lenguaje y trata de sustituir todas las lenguas por un sistema de símbolos artificiales y de operaciones de naturaleza lógica”<sup>12</sup>.

Para la *Logique de Port-Royal*, y en general para el empirismo clásico, la propiedad fundamental del signo no está contenida en la relación que establece con su contenido dentro del orden de las cosas mismas. La representación y el significado tienen una relación que no depende de la naturaleza de los objetos, sino del sistema de signos que determina su función. Se trata más del espacio en el que la relación entre el significante y el significado constituye unas posibilidades de ordenamiento del discurso a propósito del enlace entre la idea o representación de una cosa y los signos. Por eso, la representación trata de reproducir las características físicas de los objetos en el nivel de las percepciones, y el signo no hace más que tratar de plasmar esa colección de percepciones como una representación de la representación<sup>13</sup>.

10 Se comprende así, dice Foucault, “por qué de Condillac a Destutt de Tracy y a Gerardo, la doctrina general de los signos y la definición del poder de análisis del pensamiento se superponen con toda exactitud en una y la misma teoría del conocimiento”. Ver: Foucault. *Las palabras y las cosas*, p. 67.

11 Foucault. *Las palabras y las cosas*, p. 68.

12 Foucault. *Las palabras y las cosas*, p. 69.

13 En otros casos, la función del signo ya no es tanto representativa sino ‘señalativa’. La teoría de la designación constituye un conjunto de nociones que determinan un cierto uso de las palabras que hace de ellas una función por medio de la cual las cosas son

La función del signo se define, para el pensamiento clásico, como representación y representatividad<sup>14</sup>. La *Logique de Port-Royal* define el signo así: “cuando no vemos un cierto objeto sino como representación de otro, la idea que de él se tiene es una idea de signo y este primer objeto es llamado signo”<sup>15</sup>.

señaladas, mostradas. Las palabras son indicadores de las cosas; las palabras son más gestos, marcas, señales. El signo remite a lo designado de la misma manera que lo designado remite al signo en virtud de una relación recíproca en la que el signo deviene lazo tanto como sustituto. Esto es, el signo y lo señalado son *amarrados* por una relación de mutua designación. El signo deviene marca en tanto que señala un conjunto limitado de cosas asociadas de tal manera que siempre que el signo surge, la pluralidad de las sustancias que designa constituyen una aparición. El signo y la cosa conforman un correlato en tanto que la palabra es lo designado y vicerversa. Es el grito lanzado y el dedo que señala unidos de tal manera que el signo deviene gesto y figura anunciada. Para la teoría de la designación, *el lenguaje sólo es posible sobre el fondo de este entrelazamiento*. El lenguaje es pues, una especie de mímica del mundo expresada en las palabras a través de una profunda complicidad entre la naturaleza y el lenguaje; aún cuando tal complicidad sólo sirva para diferenciar la una del otro. De Condillac a Derrida, las palabras se ligan a las cosas en virtud de una distinción entre la naturaleza y el lenguaje. Ello señala –afirma Foucault– claramente el artificio de la designación. Ver: Foucault. *Las palabras y las cosas*. p. 110.

14 Para Foucault, la potencia del signo está en la posibilidad de plantear la representación en una organización binaria del conocimiento. Para la edad clásica, el signo no es el elemento significante que asocia o sustituye la experiencia de las cosas sino que constituye la representación de las cosas en la medida en que expresa una relación entre sí y el contenido empírico dado en el sujeto. El signo no hace más que manifestar la relación que lo liga a la experiencia. De allí su doble representación, pues representa toda la experiencia posible del sujeto, a su vez que, tal representación se encuentra representada en él. Foucault. *Las palabras y las cosas*, p. 70.

15 El ejemplo es citado por Foucault de: *Logique de Port-Royal*. 1ª parte, cap. IV. Ver Foucault. *Las palabras y las cosas*, p. 70.

En la episteme clásica el signo en tanto que significante se desdobra en su poder representativo. Esto es, el signo representa contenidos empíricos dados al sujeto de la percepción, a su vez que, representa la posibilidad de tal representación: el signo representa cosas y ese es su significado. Pero el signo es también significante en la medida en que representa una representación. Así, el signo contiene tres términos: i) la idea significada o el contenido empírico de la representación, ii) la idea significante, y iii) el papel del significante como función representativa. Pero se puede resumir en dos términos: la relación del signo y la cosa (significado) y la función del signo mismo (significante). En efecto, la función y el contenido del signo está determinado por su función representativa. El signo es una representación desdoblada y duplicada: “una idea puede ser signo de otra no sólo porque se puede establecer entre ellas un lazo de representación, sino porque esta representación puede representarse siempre en el interior de la idea representada”<sup>16</sup>.

Este desplazamiento de la función designativa a la función doble de la representación del signo, pone todo el peso del análisis del lenguaje en el significante. En efecto, el significante está subordinado por el contenido empírico que representa, pero este contenido sólo indica que una representación se da en el sujeto que percibe y que lo significado reside en el interior del signo en condición de significante. Por ello, “es característico que el primer ejemplo de signo que da la *Logique de Port-Royal* no sea la palabra, ni el grito, ni el símbolo, sino la representación espacial y gráfica: el dibujo,

16 Foucault. *Las palabras y las cosas*, p. 71.

mapa o cuadro”<sup>17</sup>. En consecuencia, una idea puede ser signo de otra, pues todo signo puede tener una relación de representación con otros, a la vez que esta relación de representación puede estar representada en la idea misma que representa. Y también porque el signo constituye una función perpendicular a la representación: el signo es indicación y aparición; su función es señalar que hay cosas y expresar de las cosas un contenido. Para la época clásica, “el signo es la representatividad de la representación en la medida en que ésta es representable”<sup>18</sup>. Esta función tiene consecuencias fundamentales en la organización del conocimiento empírico del pensamiento de la segunda mitad del siglo XVIII, dirá Foucault. Entre el signo y su contenido sólo se plantea una relación de representación. A partir de allí, a finales del siglo XVII y principios del siglo XVIII se produjeron dos formas de análisis: por una parte, el análisis epistemológico de los que los signos indican; y por otra, el análisis semiológico de la formación de regímenes de signos.

El pensamiento clásico hace del signo un elemento coextensible entre las representaciones y las impresiones concretas de los objetos: el signo liga la representación de un objeto con las impresiones sensibles en una idea general. Por ejemplo, para Berkeley, el signo es una idea abstracta formada de ideas singulares sustentadas en impresiones; para Hume las imaginaciones son signos de elementos sensibles separados del flujo de percepciones. En general, el análisis de las

17 En efecto, dirá Foucault, “el cuadro no tiene otro contenido que lo que representa, y, sin embargo, este contenido sólo aparece representado por una representación”. Ver: Foucault. *Las meninas*. En: *Las palabras y las cosas*, p. 13 - 25.

18 Foucault. *Las palabras y las cosas*, p. 71.

representaciones remite a una teoría de los signos y de cómo es posible el conocimiento en ellos.

Ahora bien, el significado no se resuelve en una teoría de la significación sino en la universalidad del signo. La teoría de la significación remite a los estados de conciencia implicados en un acto de enunciación. Pero, finalmente, los fenómenos no se dan más que en la representación misma de tal manera que el signo, en virtud de su función representativa, expresa el significado en la extensión de un término. En otras palabras, el significado se resuelve en la extensión del signo como una red que asocia varias representaciones a una multiplicidad de objetos. Foucault dirá que, “sin duda porque el pensamiento clásico de la representación excluye el reconocer, a pesar de la evidencia, que la filosofía clásica, de Malebranche a la Ideología, fue, de un extremo al otro, una filosofía del signo”<sup>19</sup>.

La epistemología del empirismo clásico apoya su análisis de la relación de los signos y los objetos en un tercer elemento dado en la representación como la posibilidad de representar en los primeros los segundos. En definitiva, el significado no es más que la validez de la representación de las cosas expresada en el signo. El significado es la representación adecuada y verdadera del signo. Por ello, si todo el funcionamiento del lenguaje está del lado del signo, el conocimiento está del lado de lo significado<sup>20</sup>.

19 Foucault. *Las palabras y las cosas*, p. 72.

20 Rápidamente podemos señalar que, el pensamiento clásico trae hasta nuestros días una ciencia general del signo que se define como una teoría binaria del significado. Mejor aún, una teoría de la representación. Allí, el signo es el enlace puro entre el significado y el significante en una relación establecida en la representación. De acuerdo con Foucault, las tesis contemporáneas de análisis del

Para resumir, en el fondo lo que hemos tratado de mostrar es cómo la representación es una función establecida por el pensamiento clásico. En ese sentido, no sostenemos que haya una continuidad entre la epistemología del empirismo y el criterio de significación del verificacionismo. Es más o menos claro que el positivismo negó algunas de los postulados fundamentales del empirismo<sup>21</sup>. En efecto, el criterio de verificación se enfrenta de manera crítica a la relación de representación de las palabras y las cosas. Ello nos enfrenta a problemas que más tarde la misma tradición postanalítica del lenguaje retoma por distintas vías y de los cuales Foucault no se ocupa expresamente. A Foucault lo que le interesa es que la relación entre las palabras y las cosas constituye una función del signo en la edad clásica y no tanto la posibilidad de darle un fundamento empírico a la noción de significado. Por ello la discusión hay que plantearla de otra manera: teniendo en cuenta que las investigaciones posteriores de la tradición positivista muestran la dificultad de

significado problematizan el enlace entre el significado y el significante tratando de mostrar cómo se constituye. En otras palabras, si es arbitrario o no, impuesto o voluntario, involuntario o colectivo. Lo que diría Foucault es que esos análisis repiten o, en el mejor de los casos, re-definen la condición clásica del signo y la naturaleza binaria del significado-significante.

21 Desarrollos posteriores de Russell muestran que existen proposiciones significativas que expresan relaciones que no se reducen a la forma sujeto y predicado. Por ejemplo, proposiciones que expresan relaciones de identidad entre objetos. Russell, B. *Logical Atomism*, 158-159. Empero, nosotros nos centramos en el análisis de las proposiciones empíricamente comprobables en tanto que describen las características de los objetos, pues constituye el supuesto fundamental del empirismo que nos interesa mostrar de la teoría de la verificación.

deducir la noción de significado de la experiencia e introducen una visión holista del significado, se puede afirmar que Foucault estaría de acuerdo con ciertos aspectos de la hipótesis holista manteniendo una distancia que se define por el problema mismo del empirismo. Es decir, Foucault aceptaría algunos de los componentes de la hipótesis holista siempre y cuando se tengan en cuenta que los criterios de análisis de la arqueología no se ocupan de la verificabilidad de la relación entre las palabras y las cosas. Por ello resulta interesante la discusión, pues Foucault introduciría ciertas aclaraciones en relación con la tesis de Quine y la tesis sociolingüística que permiten ver algunos aspectos descuidados del análisis postanalítico, por ejemplo: la literatura, la historia, el psicoanálisis, la etnografía. En suma, la importancia de la arqueología del saber es que escapa al circuito verificacionista de la búsqueda de un criterio de significación, en la medida en que se interesa por la formación de múltiples formas del lenguaje y las reglas de su constitución.

## 2. De la hipótesis sociolingüística y el sentido.

El objeto de la comunicación lingüística es la realidad extralingüística en tanto que el lenguaje designa los objetos que la constituyen<sup>22</sup>. La función referencial del lenguaje consiste en la posibilidad de designar los objetos propios de la realidad a través de los signos. Sin embargo, fuera de la discusión sobre la verdad de las representaciones y su relación con los signos, el lenguaje tiene la capacidad de pronunciarse sobre una realidad que no es necesariamente definida por las

22 Ducrot, O-Todorov, T. *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*, p. 317.

condiciones empíricas del mundo. Mejor, el lenguaje puede hacer posible una realidad que no es exclusivamente ‘de las cosas del mundo’. Él constituye maneras múltiples de referencia a un universo propio del discurso o a las múltiples maneras de referencia sobre los objetos del mundo. En otras palabras, el lenguaje es un sistema de palabras, signos, proposiciones, frases, que se acumulan de tal manera que hace posible mundos como el de Stevenson y Kafka.

La discusión sobre la validez de las ‘maneras de hacer mundos’ surge principalmente de la distinción entre el referente de un signo y el sentido como significado. Esquemáticamente hablando, la discusión entre filósofos y lingüistas consiste en cómo el significado de un término se encuentra en los rasgos distintivos que resalta una expresión en relación con otras expresiones. En efecto, el sentido de un término no es una descripción completa de las características empíricas de los objetos que designa sino la expresión de algunas propiedades del referente resaltadas de forma interesada. Por ejemplo: “el significado del francés *cabot* comportará un rasgo ‘peyorativo’ (gracias al cual *cabot* se opone a *chien*) [la misma oposición existió en un momento dado entre ‘perro’ y ‘can’], aunque este rasgo no exista en el referente mismo”<sup>23</sup>. Por el contrario, todas las propiedades empíricas del referente no se encuentran en el término que se usa para designarlo. Es el caso de los términos generales que designan todo aquello que se considera común en un conjunto de objetos. A la inversa, los términos singulares sólo se corresponden en el portador o el referente preciso de la

expresión. En ese sentido, Strawson afirma que el sentido y la referencia corresponden a distintas realidades lingüísticas<sup>24</sup>. Así, cuando se habla del sentido de un signo habría que precisar el acontecimiento singular que satisface la expresión y el uso particular que posee en determinado momento y en determinada persona. Pero ¿qué es comprender el sentido de un signo? Es tener la posibilidad de determinar las características privilegiadas del referente en una expresión. Por ejemplo: “conocer el sentido de ‘Yo’ es ser capaz de saber, cuando una persona dice Yo, saber a quién se refiere”<sup>25</sup>. De acuerdo con Ducrot-Todorov, el parentesco entre la noción de sentido fregeana y la noción de significado de Saussure es más o menos evidente, pues ambas se definen como la forma en que las expresiones consideran rasgos distintivos de los objetos. Es decir, el sentido y el significado son similares en la medida en que son “el sistema de los criterios retenidos por la lengua para reconocer cierto tipo de objetos entre todos los seres de la realidad”<sup>26</sup>.

En la misma dirección apunta la teoría del sentido de Frege como una versión más sofisticada del viejo problema empirista de la correspondencia<sup>27</sup>. El problema de la

24 Strawson, P. F. *On Referring*, p. 320 - 344.

25 Ducrot, O - Todorov, T. *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*, p. 317.

26 Ducrot, O - Todorov, T. *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*, p. 318.

27 Otra versión del problema de la correspondencia está en la noción de descripción introducida por Russell. De acuerdo con él, las proposiciones observacionales constituyen expresiones que poseen una función descriptiva. Russell considera que la ‘función descriptiva’ de las proposiciones se distinguen de dos maneras: descripciones definidas y descripciones indefinidas.

23 Ducrot, O-Todorov, T. *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*, p. 317.

verificación consiste en que el significado de una proposición es el ajuste entre las palabras y las cosas, esto es, el significado de las proposiciones se define en la relación referencial de los signos y los objetos. Sin embargo, Frege introduce la noción de sentido para mostrar cómo las proposiciones constituyen no sólo formas de referencia sino expresiones que privilegian ciertas características de los objetos. Mejor aún, Frege en su reflexión sobre la noción de igualdad, está tratando de mostrar que el problema de la identidad se resuelve a través de la noción de sentido.

Generalmente, el problema de la verificación de las proposiciones remite al problema de la referencia y la extensión de los términos. Esto es, la referencia se define como el objeto particular de referencia de un término

singular; y la extensión consiste en el conjunto de cosas que cae bajo un término general<sup>28</sup>.

La relación sentido-referente se opone a la relación comprensión-extensión en la medida en que el significado de una expresión no está dado tanto en la identificación del referente como en la comprensión de los rasgos de los objetos presentes en la utilización de un término. El problema que enfrenta el criterio de significación surge cuando una palabra es usada de forma diferente en relación con una misma referencia. Por ejemplo: el lucero del alba y el lucero vespertino tiene un mismo y único referente dado en el planeta Venus. Sin embargo, las expresiones no son equivalentes en algunos contextos lingüísticos ‘opacos’ u ‘oblicuos’<sup>29</sup>. Las expresiones ‘el lucero del alba’ y el ‘lucero vespertino’ no pueden ser intercambiables en algunos contextos sin que varíe su valor de verdad. La pregunta de Frege

Teniendo en cuenta que nuestro objetivo no es reconstruir las posturas alrededor del problema del significado, podemos decir esquemáticamente que para Russell una descripción indefinida consiste en una expresión como ‘un tal y tal’. Y, una descripción definida es una expresión como ‘el tal y tal’. Las descripciones definidas son expresiones que comportan un nominal más un artículo definido. Por ejemplo: la frase ‘mi libro’ es una proposición que expresa ‘el libro que me pertenece’. Así, el significado de las proposiciones de este tipo es determinada por el nominal que da una descripción del referente. Esto es, para Russell las proposiciones expresan el contenido de un concepto que se constituye empíricamente como descripciones definidas sobre la base de un conjunto subordinado de propiedades empíricas. En efecto, lo que se expresa en la proposición es el concepto de un objeto que se define empíricamente, o por lo menos expresa características empíricas de un objeto irreal del cual se supone su existencia en la expresión misma, por ejemplo, unicornio. En ese sentido, Russell introduce la teoría de las descripciones como una manera de definir el papel de la descripción en el significado de una proposición. Ver Russell, B. *Descripciones*, p. 46-56.

28 En suma, la extensión de un término remite al conjunto de objetos que designa en la medida en que recoge los rasgos comunes de todos ellos. La teoría de la verificación se apoya en la relación entre la referencia y la extensión como un criterio de significación de las proposiciones empíricas. Es decir, el significado de una proposición remite al referente preciso en el caso de los términos singulares y al estado de cosas en el caso de un término general. El problema que enfrenta el criterio de significado empírico consiste en ¿cómo aclarar la relación de correspondencia? ¿Cómo es posible que las palabras ‘hablen’ sobre objetos y las proposiciones sobre clases de cosas? Algunas de las respuestas remiten a Russell y Carnap, principalmente. Ver Searle, J.R. *Nombres propios y descripciones*, p. 83-94.

29 El contexto lingüístico (oblicuo u opaco) se define como la organización precisa de las proposiciones y las frases que le da sentido a las expresiones. Allí, “la sustitución de dos términos de igual referente y sentido pueden ocasionar un cambio en el valor de verdad». Para una definición más detallada de los ‘contextos lingüísticos’ ver: Ducrot, O-Todorov, T. *Fonctions syntaxiques* En: *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*, p.270 - 279.

es ¿cómo considerar dos proposiciones que tienen la misma referencia?, ¿cómo definir cuál de las dos es la ‘más verdadera’?

La respuesta de Frege se da en el análisis de los nombres propios. Según Frege, si los nombres propios solo denotan a su portador, no transmitirían ninguna información fáctica relevante, pues serían una mera tautología o convención<sup>30</sup>. Para él, la interpretación de los nombres propios es trivial entendida solamente como la relación de identidad entre el referente y el nombre que lo designa. En términos generales, la solución que propone Frege es distinguir entre el signo, la referencia y el sentido que le corresponde al uso de un término. Él afirma que “la conexión regular entre el signo, su sentido y su referencia es tal que al signo le corresponde un determinado sentido y a éste, a su vez, una determinada referencia, mientras que a una referencia no le corresponde solamente un signo”<sup>31</sup>. El

30 Frege lo explica en los siguientes términos: «si en la igualdad quisiéramos ver una relación entre aquello a lo que los nombres ‘a’ y ‘b’ se refieren, no parecería que  $a = b$  pudiera ser distinto de  $a = a$ , siempre que  $a = b$  ser cierto. Se habría expresado, en tal caso, una relación de una cosa consigo misma, y además una relación tal que se da en cada cosa respecto de sí misma, pero que ninguna cosa tiene respecto de cualquier otra. Parece que lo que se quiere decir con  $a = b$  es que los signos o nombres ‘a’ y ‘b’ se refieren a lo mismo, y por tanto la igualdad se trataría precisamente de estos signos”. Más adelante dice: “Pero esta relación existiría entre los nombres o signos únicamente en la medida en que estos denominan o designan algo. Sería una relación inducida por la conexión de cada uno de los signos con la misma cosa designada. Esta conexión es arbitraria”. Frege. *Sense and Reference*, p. 209.

31 Por ejemplo: “A painter, a horseman, and a zoologist will probably connect different conceptions with the name ‘bucefalus’. This constitutes an essential distinction between the conceptions and the sign’s sense, which may be the common property of many and therefore is not a part or a mode of the individual mind...”. Frege, G. *Sense and Reference*, p. 212.

sentido de una proposición es el modo privilegiado de referencia de una expresión, el cual permite que transmita conjuntos diferentes de propiedades de los objetos comunicando información fáctica. Frege define los ‘conjuntos diferentes de propiedades’ como el lugar privilegiado de la representación que un sujeto tiene de los objetos. Es decir, el sentido proviene de las múltiples y diferentes representaciones asociadas a los objetos. La teoría del sentido fregeano es una salida al problema de las tesis empiristas, pues muestra que el análisis de la referencia no sólo remite a la forma en que un cierto estado de cosas pertenece a un término general, sino que remite al análisis de las ocasiones de uso de las expresiones como la forma específica en que las representaciones son privilegiadas por el sujeto en el momento en que enuncia. Más aún, muestra que el significado de los términos se expresa en determinadas referencias y que tales referencias hacen posible la formulación explícita de su sentido. La importancia de Frege es que introduce en la teoría de la verificación la noción de sentido, pues reconoce que los términos no son formas de referencia previamente definidas sino formas de expresión que nombran de distintas formas los objetos<sup>32</sup>.

Anteriormente, hemos tratado de mostrar cómo la teoría de la verificación introduce términos como ‘extensión’ e ‘intensión’ para dar cuenta de la noción de ‘significado’ en el

32 En términos generales, la tesis de Frege es que los nombres no designan a los objetos en cuanto los describen sino que tan sólo los nombra. Más aún –dirá– sí el nombrar fuera de por sí una descripción su significado variaría de la misma manera en que hubiese cambios en el objeto. Frege, G. *Sense and Reference*, p. 209-230.

análisis de la relación entre las proposiciones y el referente. Teniendo en cuenta esto, nos ocuparemos de los esfuerzos contemporáneos de análisis lingüístico con el objetivo de mostrar los problemas que han surgido alrededor de la teoría de la verificación, pero sobre todo, alrededor de éstos términos.

El problema de la teoría del significado verificacionista, de acuerdo con Putnam, se puede resumir en el análisis de dos nociones fundamentales, pero insatisfactorias: i) la noción de extensión y ii) la noción de intensión.

i) La teoría de la verificación trata de aclarar el concepto de significado mostrando que las proposiciones se definen a través del conjunto de cosas bajo las cuales es verdadera. Es decir, el significado más común de las proposiciones se define como el término general que es verdadero de cierto conjunto de cosas, de modo que la 'extensión' de una palabra es precisamente el conjunto de cosas bajo las cuales es verdadera. Esta idea, afirma Putnam, tiene dos grandes problemas. El primero consiste en lo que Frege señala, esto es, que una palabra tiene no sólo extensión sino intensión o sentido. A un término le corresponden un cierto conjunto de cosas (extensión), pero habría múltiples maneras de referirse a tal conjunto (intensión). Así, el significado de las proposiciones está determinado por el conjunto de cosas al que se refiere. Y además, tiene una ocasión de uso que distingue un término de otro referido al mismo objeto.

El segundo problema consiste en el uso de la expresión 'conjunto de cosas'. Para las matemáticas, el concepto 'conjunto' se define como un objeto al cual pertenecen o no cierto número de objetos. El concepto de 'conjunto' es un objeto matemático de sí-o-no<sup>33</sup>. Sin

33 Putnam, H. *El significado de 'significado'*, p. 133.

embargo, en el lenguaje ordinario el límite de las cosas que pertenecen-o-no a un conjunto de cosas es difuso, pues la descripción de las características de un objeto tiene elementos que efectivamente son suyos y otros que no lo son, y a su vez, tiene una multitud de casos dudosos. Mejor aún, ¿cómo definir las características propias o 'reales' de un objeto cualquiera? ¿Cómo decidirse en los casos dudosos?

ii) El problema del significado se resuelve considerando los múltiples sentidos que pueden ser aplicados a un objeto. De esa manera, el significado se define a través de la extensión y el sentido de las palabras como un concepto asociado que ilumina el objeto de cierta forma. El sentido de una expresión consiste en la intensión que una palabra adquiere de acuerdo con las características que son resaltadas en una expresión. En consecuencia, un término tiene un sólo referente y varios sentidos, pero no a la inversa. Esto es, un término general se define a través del conjunto de predicados suficiente y necesario para dar cuenta de su extensión, de tal manera que el concepto de un término determina el conjunto de cosas que caen en su extensión. Al mismo tiempo, habría variadas expresiones que se refieren al mismo conjunto de cosas que se definen en el modo de presentación del conjunto de características y propiedades del objeto<sup>34</sup>.

34 Por ejemplo, dice Putnam: "Consideremos ahora los términos compuestos 'criatura con corazón' y 'criatura con riñones'. Suponiendo que toda criatura con corazón posee riñón, y viceversa, la extensión de estos dos términos será la misma. Pero obviamente difieren en cuanto a su significado. Asumiendo que hay un sentido de 'significado' según el cual el significado = la extensión, debe hacer otro sentido de 'significado' según al cual el significado de un término no es su extensión, sino otra cosa: digamos que el

Putnam resume el problema de la teoría del significado como teoría de la verificación en dos supuestos fundamentales y problemáticos: i) El significado de una palabra no se reduce a la relación entre el sujeto y el predicado como un estado de conciencia en el que interviene la representación, la memoria y las disposiciones psicológicas<sup>35</sup>. Y ii) Las nociones de ‘extensión’ y ‘sentido’ resultan ser tan oscuras como la noción misma de ‘significado’. En esta dirección, la tesis de Putnam consiste en que el significado de las palabras no depende del sujeto y de sus estados mentales, sino que la extensión y la intensión dependen de un hecho lingüístico determinado socialmente<sup>36</sup>.

De acuerdo con Ducrot-Todorov, “la complejidad de los problemas relacionados con el sentido tiene un doble origen”<sup>37</sup>. Por

concepto asociado con el término. Denominemos a esta ‘otra cosa’ la *intensión* de un término”. Putnam, H. *El significado de ‘significado’*, p. 133.

35 Generalmente los filósofos tradicionales concibieron los conceptos como entidades mentales. De allí que el significado de un término terminaba siendo un concepto mental, esto es, una representación del significado de un término. Frege y Carnap reaccionaron contra esta doctrina mostrando que los significados no podían ser entidades mentales, pues eran de dominio público. De tal manera, afirmaron que los significados son entidades abstractas. Sin embargo, Putnam afirma que tales entidades abstractas continuaron siendo un “acto psicológico”. Para Putnam, “ninguno de estos filósofos puso en duda que entender una palabra (conocer su intensión) no fuese precisamente cosa de estar en un cierto estado psicológico (de alguna forma, al modo en que saber cómo extraer mentalmente los factores de un número es exactamente cosa de estar en un cierto estado psicológico muy complejo)». Putnam, H. *El significado de ‘significado’*. En: *La búsqueda del significado* p. 135.

36 Putnam, H. *El significado de ‘significado’*, p. 139-144.

37 Ducrot, O - Todorov, T. *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*, p. 325.

una parte, el análisis del sentido puede darse en relación con la forma de expresión de la referencia o las diferentes formas de privilegiar la referencia en una expresión. Por otra parte, el sentido puede relacionarse con otros hechos cuya naturaleza no es lingüística, pero que influyen de cierta manera en su constitución.

Varias perspectivas se adoptan a la hora de resolver el problema del sentido por una vía no-lingüística. Una de las primeras consiste en la variación de grado de la codificación del sentido. El punto máximo de codificación del sentido esta en el uso establecido por la generalización única del uso de las palabras; es más una definición estándar dada en los manuales de las lenguas o los diccionarios. Un segundo grado de codificación se constituye al interior de la sociedad como una manera de definir culturalmente el sentido de una expresión. La hipótesis sociolingüística señala que la extensión de las palabras proviene de un hecho lingüístico socialmente determinado. De tal forma, las condiciones necesarias y suficientes que definen la extensión de un término están determinadas por los hablantes de un cuerpo colectivo. Está hipótesis descansa sobre la división del trabajo lingüístico. Esquemáticamente hablando, la división del trabajo, cada vez más amplia, hace posible un lenguaje que define sus propios términos de acuerdo con el conjunto de objetos que le son propios a cada disciplina. Es decir, la división del trabajo no-lingüístico constituye cuerpos colectivos que determinan la identificación de las palabras y ciertos objetos. Así, el significado es un fenómeno lingüístico que depende directamente del desarrollo de las disciplinas laborales de la sociedad. Pero, ¿cómo explicar la determinación social de la extensión de las palabras? La hipótesis conduce a un análisis sociolingüístico que describe las formas a

través de las cuales se determina el concepto de significado de una proposición.

El último grado de codificación proviene de un hecho subjetivo de afirmación del sentido. Mejor, el sentido se define en la particularidad de las condiciones subjetivas de 'quien habla'. Por ejemplo: "el perro que evoca para mí a mi hermano, que tenía uno"<sup>38</sup>. La pregunta es, ¿cómo describir el uso individual de las palabras? Al mismo tiempo que la hipótesis sociolingüística es un análisis descriptivo de las formas en que el significado se define socialmente, es un análisis de la forma en que un individuo adquiere la competencia de atribuir la extensión de un término cualquiera a un conjunto de objetos. Mejor aún, el análisis sociolingüístico es, al mismo tiempo, un análisis psicolingüístico que describe los estados mentales de un individuo que le permiten usar un término<sup>39</sup>.

En principio, Foucault aceptaría que el significado remite a ciertas condiciones sociales. Es decir, estaría de acuerdo en que el significado está determinado socialmente. Pero también diría que tal afirmación no dice mucho, pues remite a la siguiente pregunta: ¿cómo se constituye el significado socialmente? En otras palabras, Foucault aceptaría que el significado es un hecho determinado socialmente, pero se preguntaría: ¿cómo es ello posible?, ¿qué son 'condiciones sociales?', ¿cuál es la relación entre las 'condiciones sociales' y el 'significado?' y ¿cómo circula un

significado (enunciado) en las diferentes disciplinas que definen su campo de saber?

En primer lugar, Foucault diría que el significado y el sentido remiten a la forma en que las expresiones son usadas en los 'juegos del lenguaje'. Por esta vía, Foucault se acerca a Wittgenstein en la medida en que el significado es constitutivo del sistema de reglas que compone un lenguaje. En ese sentido, diría él, el significado remite a una topología de las distribuciones de los enunciados dada en una *episteme* precisa. En efecto, las formaciones discursivas desarrollan descripciones, componen métodos de verificación, elaboración de metodologías, modos de apropiación de los objetos, que son anteriores a la correspondencia entre los términos y el referente. Para Foucault, no es que las teorías se deriven del conocimiento empírico sino que son las propias formaciones discursivas las que determinan el conocimiento de la experiencia.

Las formaciones discursivas son relativas a la *episteme*, pues el campo histórico del saber de una época impone ciertas formas de decibilidad que determinan cómo se percibe el mundo de los fenómenos, a qué conceptos obedecen, qué tipo de metodologías establecen su naturaleza, etc. Así, la *episteme* es en el fondo una dinámica de dispersión o sistema general de descripción de la constitución y la transformación de los enunciados que componen reglas de formación del discurso. De esa manera, la pregunta por el significado remite al conjunto de disposiciones, tipos de relaciones, modos de enunciación históricos que hacen posible y localizable el discurso: ¿qué se dice? ¿cuándo se dice? ¿cómo se dice? ¿en qué condiciones se dice? Por ello, el significado se define en la arqueología en la medida misma en que es objeto de procedimientos de distribución, de operación

38 Ducrot, O - Todorov, T. *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*, p. 325.

39 Putnam no aclara muy bien cómo del análisis sociolingüístico se sigue análisis psicolingüístico. El argumento en general es que el significado se constituye socialmente, pero las formas de uso son subjetivas en la medida en que dependen de los elementos personales asociados en una expresión. Putnam, H. *El significado de 'significado'*, p. 139-144.

y transformación del discurso en las condiciones concretas de la historia.

El pensamiento de una época, dirá Foucault, constituye un espacio de posibilidades permutativas de distribución del enunciado en donde el discurso es posible en virtud de un *subsuelo significativo que regula y da sentido al enunciado*. Foucault muestra que ‘el pensamiento de una época’ se define como un sistema general (siempre describible) de regularidades y rompimientos en las series enunciativas. Hasta ahora lo que Foucault ha dicho es que por debajo de la superficialidad de la cosa-dicha es posible describir una serie más o menos ordenada de regularidades. Ello supone un compromiso fundamental con ciertas condiciones de posibilidad históricas o, mejor aún, del *a priori histórico* que determina los tipos de organización y distribución del enunciado. Es decir, la descripción de las reglas según las cuales los enunciados se distribuyen supone un campo de posibilidades de distribución y permutabilidad de las formas de lo decible que antecede al discurso mismo y lo posibilita. El *a priori histórico* constituye las condiciones de posibilidad según las cuales *aparece* un tipo específico de formación de los objetos, las posiciones del sujeto, los conceptos, las elecciones teóricas del discurso<sup>40</sup>. De allí que la arqueología se pregunta insistentemente: ¿cuáles son las condiciones de existencia de los enunciados? En efecto, todos los enunciados son todos raros, dirá Foucault. Justamente, aquí Foucault desplaza el problema de la intensidad y la extensión, y se pliega a la descripción de las regularidades discursivas.

Un enunciado constituye una *singularidad* y, en consecuencia, una *rareza*. El enunciado

es una irreductible singularidad en la serie de los discursos que se define por una reconfiguración de lo decible. Un enunciado *raro* constituye un salto en la homogeneidad de las cosas dichas; una irrupción en las formas de decibilidad. Así, el principio de rarefacción es un campo de las formulaciones posibles del lenguaje en el límite de lo dicho, es decir, aquello que se *dice* en donde no pudo *decirse* más. La arqueología hace surgir a través del principio de rareza, un sistema de presencias precisas de los enunciados y, a su vez, reconoce que tal sistema trae consigo un déficit, unas ausencias, unos recortes<sup>41</sup>. La singularidad de lo dicho recorta y separa el espacio homogéneo de las formas de lo decible: ¿Qué es lo que no-se-dice cuando se-dice-algo? De tal manera, el campo de rareza consiste en un espacio de distribuciones del enunciado que permite que el discurso constituya una forma particular de articulación y, en consecuencia, una forma particular de decibilidad *y no otra*. La arqueología hace una descripción *de lo que ha sido dicho* en la historia en su singularidad y, por lo tanto, en su *rareza*.

La *Arqueología del saber* desde el principio define un sistema de *enunciación* como el acontecimiento de la cosa *dicha* o la emergencia de los enunciados en un campo de rareza. El principio de rareza marca los enunciados en tanto que el discurso constituye unas posibilidades reales de transformación e intercambio que tienen una fecha precisa en la historia. Así, define una economía de lo-dicho en donde el enunciado aparece no como un sentido oculto hasta ahora no revelado por las palabras sino como el límite de las cosas dichas (ley de déficit) y las reglas mediante las cuales los enunciados se distribuyen (ley de entrecruzamiento).

40 Foucault. *La arqueología del saber*, p. 219-221.

41 Ver: Deleuze. *Foucault*, p 27-48.

Existe pues, una conexión entre las unidades discursivas y el marco histórico que define las posibilidades de constituir conjuntos de enunciados. La arqueología supone que los principios descriptivos (ley de rarefacción, ley de repetición, reglas de formación, tipología de las derivaciones) son reglas que anteceden a los fenómenos enunciativos y los posibilita. Es decir, la formación y transformación de unidades discursivas obedecen a un tipo de campo histórico que detenta las reglamentaciones que rigen las distribuciones posibles de los enunciados: “Todo el campo enunciativo es a la vez regular y se halla en estado de alerta: no lo domina el sueño; el menor enunciado –el más discreto o el más trivial– desencadena todo el juego de las reglas según las cuales están formados su objeto, su modalidad, los conceptos que utiliza y la estrategia de la que forma parte”<sup>42</sup>. Así, el *a priori histórico* no sólo constituye un sistema general de las reglas según las cuales los enunciados se articulan, sino que compone un sistema de producción de sentido en el lenguaje. En efecto, la arqueología se compromete no sólo con un sistema descriptivo de regularidades sino que se compromete, a su vez, con un sistema prescriptivo que de cuenta de las diversas derivaciones del significado emergente en el discurso de una época. La arqueología de las prácticas discursivas supone que la constitución de las formas de lo decible se *regulan* y se *producen* en virtud de unas reglas que son propias de una episteme. Es decir, “si hay unidad, ésta no se halla en la coherencia visible y horizontal de los elementos formados; reside, bastante de la parte de acá, en el sistema que hace posible y rige su formación”<sup>43</sup>. En

algún momento de la descripción, parece advertir la arqueología, el discurso no sólo compone una serie de regularidades sino que efectivamente tiene el poder de constituir sentido.

En relación con la hipótesis sociolingüística, la arqueología muestra que tales regularidades no son simples ordenamientos accidentales que pueden ser leídos desde la superficie de lo dicho sino que detentan de alguna manera un tipo de regulación autónoma. Allí, Foucault introduce la idea de un poder regulador que parece gobernar las prácticas discursivas desde fuera<sup>44</sup>. En principio, la arqueología describe un juego de correlaciones del discurso y prácticas sociales, políticas de estado y cambios económicos. Ello constituye una tipología de las dependencias entre el discurso y el Afuera que habría que resolver por una vía exógena a la descripción arqueológica. En otras palabras, Foucault muestra cómo la arqueología de las formaciones discursivas no sólo constituye una “descripción pura de los hechos discursivos”<sup>45</sup> sino un análisis del agenciamiento del discurso y las prácticas sociales: la genealogía de las prácticas sociales

42 El enunciado, dirá Deleuze, integra la intensidad de los afectos, las relaciones diferenciables, las singularidades del poder en categorías (educar, castigar, confesar) como una ‘función’ a través de la cual opera en una microfísica del poder. Foucault introduce la genealogía, pues se ocupa del agenciamiento de las relaciones de poder y las formaciones de saber en tanto que presuposición recíproca entre las condiciones formales del discurso (decir-ver) y el campo estratégico de distribución de la fuerza. La cuestión de la genealogía es ¿cómo se constituyen dispositivos disciplinarios y procesos de subjetivación a través de la relación entre el poder como práctica y el saber como regla? Ver: Deleuze. *Los estratos o formaciones históricas: lo visible y los enunciables (saber)* En: Foucault, p. 75-98.

43 Foucault. *Preguntas a Michel Foucault*, p. 249.

42 Foucault. *La arqueología del saber*, p. 246.

43 Foucault. *La arqueología del saber*, p. 118

y las prácticas discursivas en tanto que *encaballamiento* del discurso y el poder.

En conclusión, por una parte, Foucault estaría muy lejos de aceptar la hipótesis psicolingüística en la medida en que está anclada a los estados de conciencia del sujeto. No hay que olvidar que la arqueología es una actividad descriptiva del discurso *sin sujeto*<sup>46</sup>. Por otra, Foucault diría que la hipótesis sociolingüística advierte un problema en el que estaría más o menos de acuerdo a condición de establecer y definir con precisión lo que se entiende por ‘hechos sociales’; y, sobre todo, aclarar cómo opera la relación entre el discurso y tales hechos. Finalmente, la importancia de la hipótesis sociolingüística está en que trata de resolver el problema que plantea el criterio empirista de significado alrededor de los términos de extensión e intensión por una vía en cierto sentido holista. Es decir, muestra cómo el significado no es intrínseco de la relación entre las palabras y las cosas, sino que se constituye socialmente a través de hechos extralingüísticos. De tal forma, la hipótesis sociolingüística es cercana al holismo semántico de Quine y a la arqueología del saber de Foucault (teniendo en cuenta todas las precauciones del caso), pues para el primero el significado de las hipótesis científicas no está

46 “Se gritará, pues, que se asesina a la historia cada vez que en un análisis histórico se vea utilizar de manera demasiado manifiesta las categorías de la discontinuidad y de la diferencia, las nociones de umbral, de ruptura y de transformación, la descripción de las series y de los límites. Se denunciará en ello un atentado contra los derechos imprescriptibles de la historia y contra el fundamento de toda historicidad posible. Pero no hay que engañarse: lo que tanto se llora no es la desaparición de la historia, sino la de esa forma de historia que estaba referida en secreto, pero por entero, a la actividad sintética del sujeto...”. Foucault. *La arqueología del saber*, p. 23.

aislado de la herencia de ciertos esquemas conceptuales o racionalidad de los modelos de explicación del mundo; y para el segundo, el discurso está atravesado por una serie de dependencias entre las cuales están ciertas relaciones extra-discursivas dadas en la episteme de una época. En suma, la hipótesis sociolingüística muestra un componente extralingüístico que no es ajeno al holismo semántico de Quine ni a la arqueología del saber de Foucault, pero es insuficiente en la medida en que no aclara cómo el uso de las palabras proviene de la relación entre la constitución del significado y las transformaciones de las disciplinas de trabajo. Además, rápidamente remite el problema a las condiciones subjetivas de uso del significado en el sujeto, sin mostrar cómo es posible el uso colectivo los signos si el significado está condicionado a la experiencia del sujeto y su forma de dar sentido a las palabras.

### 3. El holismo como sistema de enunciados: Quine y Foucault.

En esta parte sostenemos que la arqueología muestra que el holismo semántico de acuerdo con Quine supone la ontologización del enunciado como criterio de significación. Foucault estaría de acuerdo con Quine en el postulado del análisis holista según el cual el significado de un enunciado remite a la red de hipótesis principales y subordinadas de una teoría. Empero, Foucault diría en primer lugar, que el análisis holista – tal como la plantea Quine – del discurso asociado a la formación de modelos científicos constituye una hipótesis restringida. La discusión entre el holismo semántico y la arqueología del saber se puede resumir en la pregunta que se hace Foucault en relación con el análisis de las ciencias ‘duras’: “¿Acaso la

arqueología, bajo los términos un tanto peregrinos de ‘formación discursiva’ y de ‘positividad’, no describe simplemente unas pseudociencias (como la psicopatología), unas ciencias en estado prehistórico (como la historia natural) o unas ciencias enteramente penetradas por la ideología (como la economía política)? ¿No es la arqueología el análisis privilegiado de lo que seguirá siendo siempre *casi científico*?”<sup>47</sup>. En ese sentido, Foucault plantea que el análisis arqueológico describe positividades del discurso, pero no fija sus límites a la coherencia y demostratividad de los modelos científicos. Es decir, la arqueología no describe disciplinas en la medida en que no se “puede establecer relación biunívoca entre las disciplinas instituidas y las formaciones discursivas”<sup>48</sup>; por el contrario, describe discursos positivos del saber que se despliegan en la historia con un cierto orden y con unas ciertas reglas<sup>49</sup>.

Una de las críticas más importantes a la teoría de la verificación es que las razones por las cuales una proposición es verdadera no sólo provienen de la observación empírica, sino que

la validez de una proposición puede estar apoyada en otras creencias que no necesariamente provienen de la experiencia. Siguiendo la tesis de Quine, la imagen del lenguaje como estructura de proposiciones que descansa sobre fundamentos primarios de los datos observacionales es insuficiente, pues las proposiciones constituyen un conjunto de hipótesis que se relacionan de manera compleja en un entramado que parece más una superficie plana de hipótesis y supuestos que una construcción vertical de proposiciones comprobables una por una<sup>50</sup>.

La teoría de la verificación postula un criterio de comprobación empírico de las proposiciones que se fundamenta en la idea según la cual toda oración significativa tiene un correlato en la experiencia. De tal forma, los términos ‘extensión’ e ‘intensión’ tratan de

50 En suma, ¿qué es lo que está en juego en el principio de verificación? La teoría de la verificación plantea una relación de correspondencia entre las proposiciones y los objetos. De tal forma, una proposición tiene significado si se ajusta adecuadamente a las características de los objetos. Así, introduce términos como ‘extensión’ e ‘intensión’ para definir en términos lingüísticos las características observables de los objetos como formas de nombrar objetos de manera particular y general. Pues bien, lo que está en juego en la teoría de la verificación es un criterio de comprobación de las proposiciones que se basa en la deductibilidad de la experiencia empírica. En ese sentido, la tesis fundamental de la teoría de la verificación es que las proposiciones se corresponden efectivamente respecto de las características de los objetos. Así, toda proposición significativa está fundamentada en la experiencia empírica. El problema que enfrenta esta teoría consiste en que debe construir un criterio que dé cuenta de la relación de correspondencia según el cual las proposiciones pueden ser verdaderas o falsas. Es decir, para aclarar la relación entre las proposiciones y los objetos la teoría de la verificación debe establecer un criterio de verificación que defina si una proposición es significativa empíricamente.

47 Foucault. *La arqueología del saber*, p. 299.

48 Foucault. *La arqueología del saber*, p. 299.

49 Por ejemplo, dirá Foucault, el surgimiento del saber sobre la locura está enraizado en la emergencia de una disciplina psiquiátrica que no tiene el misma organización interna ni la misma función que la medicina del siglo XVIII. El saber de la locura compone una sistema de relaciones del discurso en varios niveles de dependencia. De tal manera, no es posible pensar en la locura como objeto de una ciencia o una disciplina aislada tanto como objeto de una formación de enunciados propia de una época. Así mismo, dirá Foucault, la arqueología no describe ciencias ‘duras’ en la medida en que constituyen límites definitivos a las formaciones discursivas de una época. En ese sentido, la arqueología describe el discurso en la positividad en la cual aparece, esto es, en los distintos niveles de dependencia del discurso con la historia.

aclarar la noción de significado como ‘estar fundamentado’ en la experiencia. Teniendo en cuenta lo anterior, el principio de la verificación tiene dos problemas importantes: i) El principio es un criterio restringido de significado, pues el lenguaje posee un número amplio de proposiciones universales que no se satisfacen en datos observacionales o de la experiencia empírica<sup>51</sup>. Hempel señala, de manera cercana a Quine, que un criterio de verificación empírico de proposiciones individuales en términos de la deductibilidad de las relaciones lógicas de las propiedades observacionales de los objetos, conduce a una noción de significado demasiado restringida en algunos casos y falsa en otros. Es decir, la dificultad del criterio de comprobación empírico consiste en que la noción de significado se satisface en un conjunto muy delimitado de proposiciones del lenguaje<sup>52</sup>.

51 De acuerdo con Hempel, no es posible deducir de datos observacionales, proposiciones del tipo ‘para cualquier sustancia existe un solvente’. ii) De acuerdo con el criterio de comprobación empírico, la negación de algunas proposiciones observacionales no son significativas empíricamente. Por ejemplo, la negación de la proposición ‘existe por lo menos un  $x$  que posee una característica  $S$ ’ es una proposición que se expresaría de la forma ‘nada posee una característica  $S$ ’. El problema es que tal proposición no tiene correlato en la experiencia, pues expresa un cuantificador universal. De allí que, según el criterio de comprobación, “la negación de las oraciones empíricamente significativas son empíricamente no significativas, y puesto que no son ni analíticas ni contradictorias, carecen de significado cognoscitivo”. 52 En consecuencia, dirá Hempel, proposiciones que expresen cuantificadores universales o proposiciones mixtas que expresen cuantificadores universales y existenciales no encuentran un correlato en la experiencia, esto es, ciertas expresiones universales y existenciales tendrían que ser admitidas como carentes de significado empírico. Hempel, C. *Problemas y cambios en el criterios empirista de significado*, p. 205-207.

En principio el criterio de significación empírico supone que la validez de un enunciado se determina en la referencialidad directa de las palabras y las cosas. Esto es, el reductivismo de la teoría de la verificación está en que sostiene que el significado de un enunciado se traduce en la experiencia inmediata de los objetos. Retomando los antecedentes del empirismo clásico –tratados anteriormente– del criterio de significación empírico, un enunciado es significativo si remite a las condiciones reales de los objetos. Formulando de esa manera, afirma Quine, el criterio de significación es ambiguo en el uso del término ‘condiciones reales de los objetos’, pues remite a los datos sensibles como eventos sensoriales, al mismo tiempo que, remite a los datos sensibles como cualidades sensibles de los objetos. Y además, es insuficiente el criterio cuando se trata de precisar el significado de enunciados que no tiene una referencia directa en la experiencia, sino que se deducen de ella como en el caso de las leyes universales<sup>53</sup>. La

53 De forma muy cercana a Quine, Hempel afirma que el significado de un enunciado de contenido empírico no puede definirse a través de un criterio de comprobación exhaustivo de las proposiciones observacionales. Es decir, el significado de un enunciado no se puede reducir a la verificación individual de las proposiciones observacionales. De tal manera, el significado de ciertos enunciados que admiten cuantificaciones mixtas y ciertos enunciados de forma puramente universal implican la formulación de hipótesis empíricas para predecir fenómenos observables que hacen uso en casi todos los casos de hipótesis auxiliares. En consecuencia, el significado de un enunciado se construye en el contexto amplio de una teoría. Es decir, el significado se define en la formulación de un conjunto de hipótesis empíricas que no pueden ser deducidas de datos potencialmente observables. Para Hempel y Quine, el significado de una hipótesis se construye en la relación del conjunto de oraciones observacionales que implica una teoría y el conjunto de oraciones no-observacionales

crítica de Quine apunta al reduccionismo radical según el cual el significado de los enunciados no se puede definir en la relación unidireccional de las proposiciones y la referencia<sup>54</sup>. Sin embargo, Quine acepta que el verificacionismo de los enunciados, pero como unidades significativas completas dentro de un lenguaje. En otras palabras, Quine acepta el criterio de verificación aplicado a unidades teóricas y no a las proposiciones una a una.

Foucault estaría de acuerdo con Quine en ese sentido, siempre y cuando el significado del enunciado remita a las relaciones discursivas del significante. Es decir, Foucault aceptaría con Quine que el significado de un enunciado se define en el conjunto de otras proposiciones, frases y enunciados propios de una formación discursiva o modelo científico. No hay que olvidar que Foucault es un positivista, en la medida en que la descripción arqueológica del enunciado también es pertinente a formaciones discursivas

propias del lenguaje natural. En otras palabras, “el significado cognoscitivo de un enunciado en un lenguaje empirista surge de la totalidad de sus relaciones con todos los demás enunciados del lenguaje y no con las oraciones observacionales solamente”. Hempel, C. *Problemas y cambios en el criterios empirista de significado*, p. 205 - 207. 54 Por ejemplo, afirma Hempel: “La hipótesis de que el agente de la tuberculosis tiene forma de bastón por sí sola no implica que si se observan a través de un microscopio esputos de un tuberculoso se hallarán objetos con forma de bastón; tendrán que emplearse como premisas adicionales de un gran número de hipótesis auxiliares, incluyendo la teoría del microscopio, para deducir esa predicción” Hempel, C. *Problemas y cambios en el criterios empirista de significado*, p. 205 - 215. Posteriormente se hablaría de la tesis Duhem-Quine según la cual no es posible la verificación de una hipótesis a través de proposiciones observacionales dadas en algún tipo de experiencia. Sobre la tesis ver Duica, William. *Ciencia en un sentido radical*. Bogotá: Reporte No 05, Escuela de Ciencias Humanas, 1999.

científicas; por ejemplo, la medicina o la biología. Sin embargo, desde el punto de vista arqueológico, el enunciado adquiere sentido en el recorrido que hace dentro del discurso en tanto que función y no en relación con la realidad empírica que designa. Retomemos el argumento de Quine.

El segundo dogma del empirismo ha pasado por las investigaciones de filósofos de la modernidad como Hume y Locke, en las que se trata de especificar los datos sensoriales a través de un lenguaje que pueda traducir enunciado por enunciado la experiencia. Ante la hipótesis empírica o dogma reductivista, Quine adopta una postura proveniente de la doctrina del mundo físico de Carnap, según la cual “nuestros enunciados acerca del mundo externo se someten como un cuerpo total al tribunal de la experiencia sensible y no individualmente”<sup>55</sup>. El segundo dogma reductivista se apoya en el primer dogma de la distinción entre enunciados analíticos y sintéticos. De acuerdo con Quine, mientras se considere válido el principio de verificación se puede sostener que el significado de los enunciados sintéticos se define por su contenido empírico dado por el criterio de significación, al tiempo que el significado de los enunciados analíticos es independiente de la experiencia, pues ocurra lo que ocurra su contenido se define en la relación de sinonimia. En efecto, “los dos dogmas son idénticos en sus raíces”<sup>56</sup>. En ese sentido, Foucault estaría de acuerdo con Quine en que el problema de la síntesis y sinonimia está anclado al problema de la verificación de su contenido empírico. Pero, a diferencia de Quine, Foucault se aleja del problema del significado y retoma el

55 Quine. *Dos dogmas del empirismo*, p. 238 - 239.

56 Quine. *Dos dogmas del empirismo*, p. 239.

enunciado como función. Es decir, abandona el problema de la referencialidad empírica y la relación entre la teoría y la experiencia implícito en el holismo semántico de Quine y se ocupa, por el contrario, de la constitución misma del discurso y sus reglas de composición en la historia.

Para Foucault, el problema es la constitución del *archivo* como el conjunto de reglas y transformaciones de las cosas efectivamente dichas en la historia. Los enunciados son objeto de descripción en relación con *el campo discursivo en el que el enunciado se localiza*<sup>57</sup>. Por ello, lo fundamental es la regularidad del enunciado en tanto que el discurso compone formas heterogéneas de distribución de los enunciados de acuerdo con un *diagrama*<sup>58</sup> preciso. En definitiva, el espacio de las *permanencias simultáneas*<sup>59</sup> de las formas de articulación y las formas de jerarquización de los enunciados constituye una tipología de las relaciones y dependencias (dentro y fuera) que se establecen alrededor de los enunciados. Para la *Arqueología del saber*, el enunciado es objeto de análisis en tanto que se define como la *función* que tiene dentro del discurso las formas de lo decible en el marco de una *episteme*<sup>60</sup>.

Por una parte, Foucault estaría muy distanciado del holismo de Quine, en la medida en que continúa anclado al verificacionismo, pues acepta junto con el empirismo que “cualquier evidencia que existe para la ciencia, es evidencia sensorial” y además que, “toda atribución de significados a las palabras tiene que descansar, en última instancia, en la

evidencia sensible”<sup>61</sup>. En otras palabras, Quine acepta la demostración empírica de las teorías científicas y por ello plantea la hipótesis de la naturalización de la epistemología como una manera distinta de entender la relación entre la observación y la ciencia<sup>62</sup>.

Por otra, Foucault estaría de acuerdo con Quine en la afirmación según la cual todo el conocimiento constituye una distribución de los enunciados que obedece a las conexiones lógicas determinadas por los límites de las condiciones-límite de la experiencia<sup>63</sup>. Pero introduciría una precaución: Foucault diría que las formas de distribución de los enunciados son específicas en la medida en que el pensamiento está determinado por una condiciones *a priori* en la historia y no tanto por las condiciones de la experiencia. De hecho, diría él, son las mismas formaciones discursivas la que determinan de cierta manera la forma en que la experiencia es pensada en cierto momento de la historia. Por eso la precisión de la descripción arqueológica en relación con el discurso, pues debe dar cuenta de la ‘manera’ en que operan efectivamente sobre la experiencia y cómo constituyen una forma de visibilidad o mirada. Y en eso los ejemplos son varios: la historia de la medicina, las ciencias sociales, el derecho; son todos ellos discursos que tiene su propia historicidad.

Por el contrario, para Quine esta determinación está dada por la atribución de los valores de verdad de los enunciados propios de la leyes lógicas en virtud de las cuales una teoría se organiza. Así, el campo de distribución de los enunciados está determinado por las condiciones de la experiencia y por la forma en que las teorías

57 Ver: Foucault. *Arqueología del saber*. p 240.

58 Deleuze. *Foucault*. p 49-71.

59 Foucault. *Saber y verdad*. p 51.

60 Foucault. *Arqueología del saber*, p. 131-145.

61 Quine. *Epistemology Naturalized*, p. 75.

62 Quine. *Epistemology Naturalized*, p. 75-76.

63 Quine. *Dos dogmas del empirismo*, p. 240.

se organizan en relación con ellas. Quine dirá que “ninguna experiencia concreta y particular está ligada directamente con un enunciado concreto y particular en el interior del campo, sino que esos ligámenes son indirectos, se establecen a través de consideraciones de equilibrio que afectan al campo como un todo”<sup>64</sup>. Por ello la distinción entre enunciados sintéticos y analíticos es errónea, pues no habría una experiencia empírica que confirme los primeros y no tendría sentido afirmar que los segundos valen para cualquier caso. La validez de las teorías radica en el sistema de relaciones de orden de los enunciados y en los reajustes que compone a la hora de enfrentarse a una experiencia desconocida.

En ese sentido, la arqueología abandona el problema del significado empírico y se ocupa de mostrar que la relación entre la observación y la ciencia está determinada por las condiciones epistémicas propias de las formaciones discursivas; y por eso su importancia, pues muestra que los modelos científicos constituyen discursos que responden a ciertas condiciones de la episteme de una época<sup>65</sup>. En efecto, para Foucault los modelos discursivo-científicos estarían determinados por ciertas dependencias históricas del discurso: dependencias intradiscursivas, dependencias interdiscursivas y dependencias extradiscursivas. Foucault estaría de acuerdo con Wittgenstein en la tesis según la cual los resultados de la evidencia

empírica de un modelo de lenguaje están determinados por el sistema de reglas propias del modelo. Empero, Foucault lleva la tesis más allá y muestra cómo los objetos, los conceptos, las estrategias metodológicas, el lugar de la enunciación de una disciplina son determinados por las relaciones de orden y distribución de los enunciados en el discurso. Y más aún, muestra que el orden del discurso está determinado, a su vez, por la episteme de una época. En ese contexto, la afirmación de Quine de que la ciencia es un esquema conceptual que permite predecir la experiencia futura con base en la experiencia pasada estaría muy alejada de los intereses de Foucault. Sin embargo, estarían de acuerdo en la idea según la cual los objetos de la experiencia se transforman de acuerdo con el estatuto epistemológico que tienen en una determinada teoría. En efecto, dirá Quine, los objetos físicos concebidos por la ciencia natural son indiferenciables de los dioses de Homero en la medida en que su fundamento epistemológico varía de grado: “ambas suertes de entidades integran nuestras concepciones sólo como elementos de la cultura”<sup>66</sup>. Su diferencia radica en que los objetos físicos permiten predecir con más efectividad la experiencia que los dioses de Homero. Pero Foucault diría que la potencia del discurso está en que define las instancias de delimitación y rejillas de especificación como formas reflexivas de abordar la experiencia, a la vez que define la formación de conceptos y estrategias metodológicas que sirven para explicarlos. Pues bien, la distancia entre Foucault y Quine está en que las teorías tienen una precisión tal que es posible mostrar cómo las formaciones discursivas operan

64 Quine. *Dos dogmas del empirismo*, p. 240.

65 En ese sentido, Foucault es más cercano a Kuhn, pues muestran cómo las teorías científicas se transforman por cambios en el paradigma o forma de abordar las cuestiones de la experiencia en una época. Ver: Kuhn, Thomas. *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.

66 Quine. *Dos dogmas del empirismo*, p. 241.

singularmente en la historia. Así, Foucault diría que Quine tiene razón en que los dioses o los objetos físicos difieren en cuanto al estatuto epistemológico dentro de una forma de explicación de los fenómenos, pero diría que tal diferencia está fundamentada en la *episteme* de una época y no tanto en el nivel empírico de la experiencia. El holismo de Foucault se resuelve en la relación del discurso con el Afuera y la manera en que históricamente el signo se pliega a ese Afuera. Foucault muestra en el análisis arqueológico que no hay una relación intrínseca entre el objeto y el discurso, sino que esa relación se construye en el pensamiento de una época. Allí radica su cercanía y su distancia con Quine y viceversa.

#### **Bibliografía:**

Ducrot, Oswald-Todorov, Tzvetan. *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*. París: Éditions du Seuil, 1972.

Deleuze, Gilles. *Foucault*. Barcelona: Editorial Paidós, 1994.

Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. Madrid: Siglo XXI, 1999.

Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas*. Madrid: Siglo XXI, 1985.

Foucault, Michel. *Les mots et les choses*. París: Éditions Gallimard, 1966.

Foucault, Michel. "Preguntas a Michel Foucault". En: *Análisis de Foucault*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1979.

Foucault, Michel. *El nacimiento de la clínica*. México: Siglo XXI, 1977.

Frege, G. "Sense and Reference". En: *The Philosophical Review*, Vol. 57, No 3 (May, 1948), pp. 209-230. Disponible en: <http://www.jsotr.org>.

Hempel, C. "Problemas y cambios en el criterios empirista de significado". En: Villanueva, Valdés, M.L (ed). *La búsqueda del*

*significado*. Madrid: Editorial Técno, 1995. Segunda Edición, pp 199-219. Original, 1950.

Putnam, H. "El significado de 'significado'". En: Villanueva, Valdés, M.L (ed). *La búsqueda del significado*. Madrid: Editorial Técno, 1995. Segunda Edición, pp 24-45. Original, 1975.

Quine, W.O. "Dos dogmas del empirismo". En: Villanueva, Valdés, M.L (ed). *La búsqueda del significado*. Madrid: Editorial Técno, 1995. Segunda Edición, pp 220-243. Original, 1953.

Quine, W.O. "Significado y traducción". En: Villanueva, Valdés, M.L (ed). *La búsqueda del significado*. Madrid: Editorial Técno, 1995. Segunda Edición, pp 244-270. Original, 1959.

Quine. "Epistemology Naturalized". En: *Ontological Relativity and other essays*. London: Columbia University Press, 1969, pp. 69-90.

Quine, W.O. *La búsqueda de la verdad*. Barcelona: Editorial Crítica, 1992.

Russell, B.A.W. *The Philosophy of Logical Atomism*. La Salle, Illinois: Open Court, 1985.

Russell, B.A.W. "Descripciones". En: Villanueva, Valdés, M.L (ed). *La búsqueda del significado*. Madrid: Editorial Técno, 1995. Segunda Edición, pp 46-56. Original, 1919.

Searle, J.R. "Nombres propios y descripciones". En: Villanueva, Valdés, M.L (ed). *La búsqueda del significado*. Madrid: Editorial Técno, 1995. Segunda Edición, pp 83-94. Original, 1967.

Strawson, P. F. *Análisis y metafísica*. Barcelona: Ediciones Paidós, 1997.

Strawson, P. F. "On Referring". *Mind. New Series*, Vol 59, No 235. (Jul, 1950), pp. 320-344. Disponible en: <http://www.jsotr.org>.

Recibido 22/10/04. Aprobado 23/11/04